

SOBRE APARICIONES, REVOLUCIONES, SECRETOS, BOMBAS ATÓMICAS, NAVES ESPACIALES, EFECTOS ESPECIALES Y REPLICANTES.

SERGIO RUBIRA

PRIMERA APARICIÓN.

i Era domingo. Un soleado domingo de mayo. Después de haber asistido a misa, los tres niños fueron con su rebaño a pastorear por los valles y las colinas cercanos a su pequeño pueblo. Se detuvieron en lo alto de un cerro para dejar a las ovejas pacer. Jugaban tranquilos esperando a que llegase la hora de regresar. Antes de merendar, decidieron rezar el rosario. Siempre lo hacían. Todos los días. La señal de la cruz y un padrenuestro para empezar. Luego repetían entre los misterios las avemarías, las glorias y las jaculatorias hasta que llegaban a las letanías. Una tras otra. Santa, Madre, Reina, Virgen. Lucía, la mayor, tenía diez años, guiaba la oración y Francisco, que a veces se resistía y que era un año menor, y Jacinta, de ocho, le daban la réplica. Terminado el rezo, volvieron a sus juegos. Estaban construyendo un murete de piedras. ¿La muralla de un castillo imaginario? Tenían mucha fantasía. Un relámpago atravesó el cielo raso. Pensando que una tormenta se aproximaba, recogieron el rebaño y se pusieron en camino hacia su casa. Mientras bajaban del monte, un nuevo rayo les sorprendió. Caminaron un poco más y sobre una encina vieron a una resplandeciente mujer vestida de blanco que les pidió que se acercaran. Se introdujeron en la luz que despedía. Era más brillante que la del sol, dijeron luego. No tenían miedo. Ya estaban acostumbrados a las apariciones. En los últimos meses un ángel les había visitado hasta tres veces. Lucía, atrevida, le preguntó quién era y ella sólo respondió que venía del cielo y que cuando fuesen a verla al mismo lugar todos los días trece de los siguientes seis meses, el último les revelaría su identidad. Lucía, curiosa, le interrogó sobre si ella y sus primos, Francisco y Jacinta, irían al cielo, y ella les confirmó que sí, aunque Francisco tendría que rezar muchos rosarios. Sin embargo, una amiga de su hermana mayor, Amelia, de dieciocho o veinte años, que había muerto hacía poco y por la que también se interesó, no había sido tan afortunada, se encontraba en el purgatorio esperando el juicio final. Después les pidió que se ofrecieran para recibir los sufrimientos que Dios les enviara para reparar los pecados de otros y suplicar por su conversión. Ellos aceptaron. La mujer se despidió indicándoles que rezaran el rosario todos los días para alcanzar la paz en el mundo y el fin de la guerra.

ii Una guerra, la Gran Guerra, que había empezado tres años antes y que enfrentaba a casi todas las potencias mundiales, porque ese mayo soleado era el del convulso 1917. Portugal acababa de entrar de forma oficial en el conflicto y apenas un mes antes había sufrido su primera baja en el frente europeo, la del soldado Antonio Gonçalves Curado. Una Gran Guerra que los portugueses no entendían suya y en la que no querían luchar. Hacía relativamente poco que una revuelta, la Revolución del 5 de octubre de 1910, la llaman, había obligado a exiliarse a Manuel II y se había establecido una república parlamentaria. El régimen era muy débil: los gobiernos se sucedían uno tras otro, la oposición conservadora al Partido Republicano Portugués, que se mantenía en el poder bajo la sospecha de la corrupción y el clientelismo, y los sindicatos recurrían con frecuencia a métodos violentos para imponerse, los disturbios eran habituales, las huelgas continuas. No se contaba con el apoyo popular, sobre todo con el de las zonas rurales, fieles todavía al monarca y a la Iglesia con la que el nuevo Estado de carácter laico había roto las relaciones que tradicionalmente les unían. Así que teniendo en cuenta estas circunstancias, una guerra no querida y un gobierno repudiado y que la había repudiado, obligado a abdicar también a ella, no resulta extraño, no parece una casualidad que, como ya sucediera y sucederá en otras ocasiones, la Virgen –amenazada, como lo estaban el padre, el hijo, el espíritu y sus representantes en la tierra, los eclesiásticos– eligiera esa encina en un cerro próximo a un pequeño pueblo luso para aparecerse y reclamar el que hasta ese momento había sido su lugar, el de una reina –santa, madre y virgen, también–, un lugar que algunos pensaban tan perdido como el suyo propio.

SEGUNDA Y TERCERA APARICIÓN, Y UN SECRETO EN TRES PARTES.

i Un mes después los tres niños regresaron a Cova da Iria, el lugar en el que estaba la encina, acompañados de unos cincuenta curiosos. Un relámpago rompió de nuevo el cielo y la mujer se les apareció para anunciarles que los más pequeños morirían pronto y que Lucía viviría para establecer el culto a su corazón inmaculado, un corazón herido por una corona de espinas que les mostró. Les pidió también que volvieran en julio, que rezasen el rosario todos los días y que aprendieran a leer. Los curiosos, incapaces de verla y escucharla, se consolaron afirmando que observaron cómo una luz iluminaba los rostros de los pastorcillos demudados por el éxtasis y cómo se movían las hojas de la encina cuando la Virgen desapareció.

ii El trece de julio volvieron a la ladera en la que estaba la encina. Les esperaban cerca de dos mil personas, cuentan unos, otros dicen que cuatro mil. La mujer se apareció para pedirles una vez más que retornasen el siguiente mes y que siguiesen rezando el rosario todos los días para que ella acabase con la guerra. Lucía le preguntó de nuevo quién era, aunque ya había comprendido que era María, y le rogó que realizase un milagro. Ella le respondió que se lo diría en octubre y que ese día sucedería también algo milagroso. Les solicitó que cada sacrificio que hicieran lo ofreciesen por la redención de las injurias cometidas contra su inmaculado corazón y la conversión de los pecadores, enseñándoles el infierno llameante en el que éstos se consumían retorcidos de dolor y rodeados de demonios. Les advirtió también que Dios castigaría al mundo por sus crímenes con una guerra mayor durante el reinado de siguiente Papa, el hambre y la persecución de la Iglesia. La señal de que el castigo comenzaba sería una luz desconocida interrumpiendo la noche. Lo único –les dijo– que podría pararlo es la consagración de Rusia a su inmaculado corazón. Si eso no sucediese –continuó–, Rusia, equivocada, extendería sus errores por el mundo, causando más conflictos y sembrando la hostilidad contra la Iglesia, una Iglesia que, aún así, terminaría triunfando porque Rusia finalmente se consagraría. Portugal, por el contrario, siempre le sería constante y nunca abandonaría ese dogma de fe. Y ante ellos surgió una visión apocalíptica de fuego, ruinas y muerte con un ángel exterminador, una Virgen clemente, un Dios que se mostraba como luz, y una procesión de miembros de la Iglesia y seglares encabezados por el Papa. Cardenales, obispos, sacerdotes, monjas y creyentes que se dirigían hacia un Calvario donde serían acribillados a balazos y flechazos por unos militares mientras rezaban postrados ante una cruz de toscos maderos. La mujer se despidió diciéndoles a Lucía y Jacinta que le podían contar a Francisco sus palabras pero les instó a que guardaran el secreto sobre esas visiones.

iii 1917 fue también el año en el que se produjo otro hecho relevante en esa Historia que se quiere siempre con mayúscula, la Revolución de Febrero rusa que acabó con el gobierno zarista y estableció un gobierno provisional de carácter democrático liberal abriendo camino –tras una segunda revolución, la de octubre, y de una cruenta guerra civil– al establecimiento de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS), una federación de repúblicas en las que gobernaba un partido único, el PCUS o Partido Comunista de la Unión Soviética o, en algún momento, incluso, Partido Comunista de los Bolcheviques de la Unión, haciendo honor a su origen. Un régimen que se fue descubriendo cada vez más autoritario y en el que todo el poder recaía sobre el cabeza del partido y su consejo que organizaban purgas cada vez que se sentían amenazados. Un gobierno que pronto, apenas siete años después de las revoluciones, se definiría de modo oficial como ateo y rompería definitivamente las fuertes relaciones entre Estado e Iglesia ortodoxa que habían definido a la corte de los zares, esa corte que al final parecía controlada por un místico hereje, Rasputín, de misteriosa e hipnótica mirada y, se rumoreaba, apetitos excesivos. Se dispuso entonces el cierre de iglesias, monasterios y escuelas teologales de la Iglesia ortodoxa, se prohibieron las muestras públicas de religiosidad y se ordenó la persecución de sus miembros, y también la de los que pertenecían a otras creencias: católicos, protestantes, islámicos y judíos, que fueron asesinados, encarcelados, forzados al exilio o aislados.

CUARTA, QUINTA Y SEXTA APARICIÓN, Y, POR FIN, EL MILAGRO.

i Un mes después los niños no pudieron ir a la encina. Habían sido encerrados por el administrador del concejo que pretendía que le revelaran el misterio, ¿de las apariciones o el secreto en tres partes? Sin embargo, ellos no cedieron ante sus amenazas y fueron

liberados dos días después. La Virgen se les volvió a aparecer en otro lugar, Valinhos, casi una semana más tarde de su cita frustrada. Lucía y Francisco pastoreaban con un hermano de éste, Juan, y sintieron una luz sobrenatural que les hizo intuir que ella se aparecería. Pidieron a Juan que fuera a buscar a Jacinta. La Virgen, paciente, esperó a que ella llegara y se mostró. Insistió en que regresaran el siguiente día 13 a la encina y en que rezaran el rosario todos los días. Les indicó también qué tenían que hacer con el dinero que los creyentes estaban dejando: construir una capilla en honor de la Virgen del Rosario. Y exhortándoles a que oraran y sufrieran por los pecadores, desapareció.

ii El 13 de septiembre fueron a Cova da Iria. La multitud se agolpaba para verles y hablar con ellos. Tras acercarse a la encina y empezar a rezar el rosario, la Virgen se les apareció y les avisó de que el siguiente mes haría el milagro para que la gente les creyera.

iii Llovía. Llovía mucho cuando Lucía, Francisco y Jacinta se acercaron, pasado un mes desde la última aparición, a la ladera. Decenas de miles de personas –cerca de treinta mil, cuentan unos, otros dicen setenta mil– les aguardaban con la esperanza de que la Virgen hiciera el milagro prometido. Lucía les pidió que cerraran sus paraguas y comenzaran el rosario. La Virgen se presentó tras el relámpago. Solicitó que se construyera una capilla en su honor, volvió a repetir que continuaran rezando el rosario todos los días y descubrió su advocación: era la Virgen del Rosario. Anunció que esa guerra en la que no habían querido verse involucrados estaba acabándose y que los soldados pronto regresarían a sus hogares. Y a la una de la tarde, cuentan unos, otros lo adelantan al mediodía, comenzó el prodigio: la lluvia se detuvo y el cielo nublado se abrió dejando que el sol se asomara. No soplaban nada de viento. Apenas quedaron los hilos de unas nubes sobre el cielo azul. «¡Mirad el sol! ¡Jesús! ¡María! ¿Qué va a suceder? ¿Qué será de nosotros?»», comenzó a gritar la multitud. El sol estaba cubierto por un disco plateado, parecía un eclipse, y se le podía mirar sin dolor. Una extraña luz plateada se extendió por todos los rincones. El sol temblaba y daba vueltas sobre sí mismo. La luz se tornó azul y después amarilla tiñendo la escena. Mientras, el sol daba vueltas sobre sí mismo. «¡Milagro, milagro, milagro!», exclamaban muchos. Entonces cayó en espiral sobre la masa expectante que, arrodillada, rezaba y lloraba. Lo hizo hasta tres veces. Cuando terminó, el baile duró diez minutos, las ropas de los que lo estaban presenciando se habían secado, el suelo embarrado también.

iv Había transcurrido casi un cuarto de siglo, cuando Lucía se decidió a escribir dos de las tres partes del secreto. Otra guerra, la segunda, mayor aún que la primera, había comenzado. Si se da por válida esa fecha del 1 de septiembre de 1939 que la Historia marca como su principio y en la que la Alemania nazi invadió la Polonia católica como el relámpago que rompía el cielo de Fátima cuando ella se iba a mostrar, había empezado unos meses, casi ocho, después de que muriera Pío XI, el Papa con el que la Virgen afirmó que tenía que haberse iniciado el conflicto, el Papa que siguió al que reinaba durante la Gran Guerra, al que regía durante ese belicoso 1917 que fue también de revoluciones y apariciones, Benedicto XV. La Historia con mayúscula, esa en la que hoy no se debería creer, se distanciaba de la que Lucía, muertos Francisco y Jacinta, estaba escribiendo en 1941.

V Portugal no participaba en la guerra. Esta vez se mantuvo neutral, una situación que le permitió estabilizar su precaria economía y reforzar el Estado Novo, un régimen –heredero de un gobierno militar revolucionario– de carácter dictatorial que lo gobernaba desde 1933 y de un exaltado nacionalismo y un profundo catolicismo, aunque quizás no tanto como para devolver a la Iglesia lo que la república le había expropiado, eso de lo que se la había desposeído y que ella, santa, madre, virgen, había reclamado también como la reina que el rosario afirmaba que era. Sin embargo, la URSS fue decisiva en su comienzo, como parte del Eje invasor que sería derrotado, y en su final, como uno más de esos Aliados vencedores que se repartieron el mundo en dos mitades, tres por una como en el Berlín del muro.

Mientras Lucía revelaba desde su seguro convento portugués las dos primeras partes del secreto –la visión de un infierno que no tenía nada de nuevo, era como tantos otros, y la pre- o, mejor, posdicción de esa guerra que empezó con otro Pío, el que había recibido un número posterior en el cónclave–, las explosiones de los bombardeos interrumpían las noches de muchas ciudades europeas con su

luz de destrucción, una luz ya conocida, como la sabida rojiza de las llamas del infierno, muy parecida a la de esa otra guerra anterior, la primera, y que no podía compararse con el fognazo que se vería cuatro años después cuando Hiroshima y Nagasaki fueran arrasadas por *Little Boy* y *Fat Man*, las dos bombas atómicas con las que Estados Unidos obligó a Japón –que se había incorporado al Eje atacando Pearl Harbor en ese 1941 en el que Lucía descubría parte del misterio– a rendirse y firmar la capitulación que acababa –Italia y Alemania ya habían sido derrotadas semanas antes– con la Segunda Guerra Mundial. La bomba de Hiroshima alcanzó una potencia de 13 kilotones y una temperatura de más de un millón de grados centígrados. La de Nagasaki, llegó a los 22 kilotones y vientos de hasta 1.000 kilómetros por hora. Murieron cerca de 160.000 personas. Dos detonaciones que produjeron una luz no vista antes, difícil de ver porque abrasaba, tan brillante como la del sol –una comparación fácil, demasiado recurrente–, como la que emitía la Virgen sobre la encina en sus apariciones, como la de ese sol que bailó durante diez minutos sobre Portugal sin cegar a nadie, con las que acabó una guerra, la que parece tenía que haber comenzado según el mensaje de Fátima con un resplandor desconocido antes de que Pío XI muriera, y empezó otra, más fría, de precarios equilibrios, por el control nuclear y la hegemonía mundial. Y fue en ese 1945 en el que acabó una guerra y comenzó otra, cuando Lucía por fin puso sobre el papel la tercera parte del misterio –la visión de la procesión masacrada–, una página manuscrita que el Vaticano guardó con celo esperando el momento más adecuado para su revelación. Un secreto, con un contenido en absoluto fundamental, bastante desilusionante, que, controlado –la información es también un arma muy poderosa–, resultaría muy útil.

MÁS BOMBAS Y DOS PELÍCULAS, UNA DE CATÁSTROFES Y OTRA DE APARICIONES.

i En 1941, otra casualidad de esas que crean historia o, mejor, historias, Edward Teller, físico judío que huyó de su Hungría natal por la persecución del nazismo, se une al Proyecto Manhattan. Un proyecto hipersecreto del gobierno americano –tanto que muchos de los que trabajaban en él no sabían qué era lo que estaban haciendo, incluso no conocían los riesgos a los que se exponían– iniciado, cuentan, por la carta que recibió en 1939 el presidente Roosevelt del relativo Einstein animándole a investigar las posibilidades de la energía nuclear como arma bélica. Se sabía que Alemania estaba desarrollando un programa con los mismos objetivos y, ante el temor de que logran alcanzarlos, Estados Unidos, con Reino Unido y Canadá, se pusieron manos a la obra para desarrollar una bomba atómica. Dirigidos por el profesor de Berkeley Robert Oppenheimer, los experimentos pronto se centraron en la creación de una bomba de fisión, porque de fisión fueron las que cayeron sobre Hiroshima y Nagasaki. Teller, sin embargo, que era defensor de utilizar la fusión, fusión que resultaría en una explosión muchísimo más potente, pronto quedó decepcionado ante la insistencia de Oppenheimer en seguir por la vía de la fisión. Teller tendría que esperar su oportunidad –con algo de venganza– todavía algunos años, no demasiados.

ii El Primer relámpago sorprendió a todos. Se había adelantado. No estaba previsto que cayera tan pronto. Era el 29 de agosto de 1949. Una nube negra ascendía de la estepa de Kazajistán. La URSS lo había conseguido. Por fin poseía una bomba atómica. Una que era igual –una réplica– a *Fat Man* y que, se dice, era más fruto del espionaje estalinista que de la ciencia soviética. Parece que la explosión llegó a los mismos 22 kilotones que destrozaron Hiroshima.

iii Estados Unidos se asustó. La amenaza ya era real. Habían perdido el monopolio sobre la bomba atómica. A los científicos de los laboratorios de Los Álamos, en los que se habían concentrado las investigaciones del Proyecto Manhattan, Truman les pidió que buscaran una bomba más potente. Teller tenía la respuesta: la bomba de fusión o bomba termonuclear o bomba de hidrógeno o bomba H.

Oppenheimer, que, tras las masacres de Hiroshima y Nagasaki, creía en el firme control internacional del armamento nuclear y había pasado a ser presidente del comité asesor de la Comisión de Energía Atómica, se opuso a la investigación porque consideraba que esa nueva arma con mayor capacidad destructiva sólo podría ser instrumento de un gran genocidio. Una oposición que le hizo empezar a ser considerado un riesgo para la seguridad nacional además de sospechoso de actividades antiamericanas, siendo finalmente

defenestrado en 1953 tras someterse a una auditoría en la que el propio Teller, su antiguo colaborador y declarado belicista, testificó contra él.

Teller, aprovechando que su antiguo jefe estaba cuestionado, se puso al frente del nuevo programa y en colaboración con el matemático Stanislaw Marcin Ulam, perfeccionó su sistema. Por fin pudo desarrollar la bomba H.

iv Ivy Mike explotó en un atolón de la Micronesia en el océano Pacífico, cercano a ese de Bikini que se hizo famoso en 1946 por ser lugar de otra prueba atómica casi al mismo tiempo que el bañador de dos piezas se lanzaba como una bomba al mercado. El atolón se pulverizó al instante. La fuerza del estallido multiplicó casi por cinco mil el efecto de *Fat Man*. Se llegó a 10,4 megatones, 10.400 kilotones. Una potencia que, sin embargo, no tuvo nada que ver con los 192 millones de megatones que despidió el asteroide que hace 65 millones de años chocó en la península del Yucatán en México provocando, se piensa, la extinción de los dinosaurios.

V Una estrella roja, Bellus, se dirige hacia la tierra. Colisionará con ella y la destruirá por completo. Los peores temores se han confirmado. Un astrónomo, el Dr. Hendron, intenta advertir a la Organización de las Naciones Unidas de que el fin del mundo se acerca. Existe una esperanza. Bellus viene acompañado de Zyra, un planeta que parece habitable. Hay que intentar llegar a él. Sus advertencias son descartadas. Ante el rechazo, el científico decide construir con la financiación de un industrial que cree en él, un cohete para trasladar a un grupo de personas y animales a ese planeta salvador. Un arca de Noé moderna que al final servirá para evitar la desaparición de la especie humana. Un triángulo amoroso, la lucha contra el tiempo y entre los que están construyendo la nave por ver quién sube a ella, maremotos, terremotos y erupciones volcánicas adornan el guión de *When the Worlds Collide*, una película producida por la Paramount que fue estrenada en 1951 y que recibió el Oscar a los mejores efectos especiales.

vi Una estrella roja guerrera tan amenazante como la de cinco puntas que aparecía junto a la hoz y el martillo en la bandera de la URSS, más destructiva aún que ese primer relámpago lanzado sobre la estepa de Kazajistán, creada con unos efectos especiales que no lo eran tanto, artificios sencillos, trucos de principiante, a pesar de los premios, muy distinta en principio a ese benigno sol plateado, azul y amarillo que cayó por tres veces sobre los fieles que acudieron al encuentro de la Virgen en Fátima, tan real. ¿Distinta?

Quizás no demasiado. El prodigio del sol danzante y el relato de las apariciones tenían mucho de esa Bellus que se acercaba a la Tierra en los años 50 y de la historia que se generaba a su alrededor o, como algunos creen, otros creyentes, de ovni que intentaba aterrizar y fenómeno alienígena, de aquellos que explotaban las películas de serie B proyectadas en sesión doble en los autocines de la misma época, aún más precarias pero que mantenían igualmente la ilusión. Ilusión que se ha llamado simulacro en el cine, cuestión de fe en la religión. Apariciones, catástrofes inexplicables y extraterrestres que ahora protagonizan algunos programas televisivos de la medianoche y en los que no se trata tanto de explicarlos como de mostrarlos transformados en puro espectáculo, tanto si se consideran fraudes –efectos especiales– como si se creen verdaderos –misterios indescifrables–. Milagro y efecto especial coinciden más que en la simple apariencia, mezcla de aparición y ciencia.

vii Los prodigios de Fátima fueron utilizados como arma de conversión masiva durante la Guerra Fría. La Virgen o, mejor, la imagen de la Virgen, otra representación –como las propias visiones de los pastores, la de ese infierno tan tradicional que aparece en todos los juicios finales de los retablos de las iglesias o la de la ejecución de los religiosos y los seglares con un poco de reportaje de guerra, martirologio para niños y tebeo de indios y vaqueros, o si se prefiere, ya que se escribió en 1945, de género bélico, película de Semana Santa, y *western*–, se hizo misionera. Doble representación, réplica doble, porque hay dos vírgenes, la que viaja y la que permanece en el santuario, el gran santuario que se empezó a construir con el dinero que dejaron aquellos primeros testigos del prodigio, la reina tenía que tener su palacio.

Milagro y efecto especial coinciden: no matan pero atraen y convencen.

viii *When the Worlds Collide* fue otra herramienta de propaganda. Queda claro su mensaje procientífico, en un momento en que la ciencia era cuestionada por su participación en las masacres de Japón, y antisoviético, la URSS era una amenaza real en la lucha por la hegemonía mundial. Los proyectos nucleares –también los espaciales– fueron justificados a menudo como la única posibilidad de salvación ante el eventual choque contra la Tierra de un hipotético asteroide que provocaría la supuesta desaparición de la especie humana, como habría sucedido hace 65 millones de años con el que se estrelló en México acabando presuntamente con los dinosaurios: la bomba atómica lo destruiría antes de que llegara, se decía. Ciencia ficción que casi dejó de serlo con la Guerra de las Galaxias de la era Reagan, una prolongación de esa tan fría que empezó en 1945. Ciencia ficción que tenía mucho de relato cristiano: del de Noé y su arca perdida o del de Lot en Sodoma y Gomorra, en los que los pecadores eran castigados, ahogados o, como en Hiroshima y Nagasaki, carbonizados por una bola de fuego, pero más en concreto, tenían también bastante de mito puritano, al fin y al cabo Zyra se convertiría en la nueva Nueva Jerusalén, calificación que dieron los pioneros al territorio de Estados Unidos, aquel que se llamó también Nuevo Mundo, pioneros que en este caso serían los jóvenes, inteligentes y bellos elegidos del Dr. Hendron, prototipos del ideal americano o del americano ideal, en una lotería demasiado dirigida, quizás.

ix Jóvenes, inteligentes y bellos que han confiado en las predicciones de un profeta y por ello se salvarán, como los humildes, inocentes y puros campesinos creyeron en los pastores frente a los corrompidos políticos republicanos en una película que estrenó la Warner en 1952, año de la bomba H, titulada *The Miracle of Our Lady of Fatima*. En ella Lisboa parecía Moscú en plena revolución y Aljustrel, un pueblecito del Oeste americano. La Virgen, su imagen, flotante sobre la encina, era como uno de esos fantasmas que asombraban al público que iba a las ferias a ver los espectáculos de linterna mágica, una aparición especial hecha en el estudio mediante trucos ópticos y posproducción que pedía la conversión de Rusia, que se había apartado del camino del cristianismo y el capitalismo, justificando con su discurso de muñeco de ventrilocuo –que era más político casi que religioso– la situación durante la Guerra Fría: la división en dos bloques del mundo en el que los buenos serían los del occidental y los malos los del oriental y en la que Estados Unidos se veía como el líder de una nueva Cruzada. Se aludía también de forma indirecta a esa tercera parte del misterio, no hecha pública, que se creía iba a ser la revelación del Fin del Mundo, un Apocalipsis que se suponía iba a ser atómico y que sólo podría evitarse si los ateos pecadores se arrepentían y se convertían. Tras las apariciones, el sol bailaba –un fenómeno más sugerido por la iluminación, el montaje y las actuaciones que visto en la pantalla– para certificar la veracidad del suceso, un hecho inexplicable era la prueba necesaria que confirmaba lo verdadero de lo predicho.

REPLICANTES.

i «Si los curas y frailes supieran la paliza que van a llevar, subirían al coro y cantarían libertad, libertad, libertad».
Versión popular del *Himno de Riego*, himno oficial durante la Segunda República Española.

ii En 1951 termina el Plan Marshall, que sirvió no sólo para la reconstrucción de los países europeos después de la Segunda Guerra Mundial, sino también para la construcción de alianzas frente al peligro soviético: había que hacer fuertes a esos países que servían de frontera. Hacía veinte años que en España se había nombrado la Segunda República, quince desde el estallido de la Guerra Civil y doce desde su final con la imposición de un régimen dictatorial conservador. Durante los primeros años de la República las quemaduras de iglesias e imágenes, similares a la de Fátima, y los ataques violentos contra religiosos habían sido habituales. En lo atroz de la Guerra Civil, los del bando republicano, asociado al Partido Comunista que dominaba y que estaba muy vinculado a la URSS de la que recibió ayuda, asesinaron a cientos de curas y monjas, algunos de ellos beatificados hoy por la Iglesia como mártires. Asesinatos que parecían confirmar lo que la Virgen había dicho en Fátima o, mejor, adelantarse a lo que Lucía escribió en su convento como posdición: los errores de Rusia se extenderían por el mundo y los cristianos serían perseguidos. Muertes que fueron

utilizadas por la Iglesia y por los nacionales como propaganda en la búsqueda de alianzas. Propaganda anticomunista como la que se introduce en el guión de otra película, *La señora de Fátima* de Vicente Escrivá y Rafael Gil, estrenada ese mismo año en el que el Plan Marshall se escapó definitivamente, en un furor fatimista que había empezado poco antes, en plena posguerra, y que había producido también decenas de libros y cuentos para niños, miles de estampas y la producción en masa de réplicas de la imagen de la Virgen de Fátima.

iii Fátima era un modelo perfecto de aparición. No sólo interesaba su mensaje antisoviético sino que desde un punto de vista sociológico repetía muchos de los estereotipos de la época. Respondía incluso a las proporciones de género que las estadísticas sobre visionarios en la época confirmaban: dos tercios de mujeres frente a uno de hombres, dos niñas contra un niño. La religión era cosa de mujeres. La política de hombres. Parece que al pobre Francisco, al que le aburría rezar el rosario, le costaba oír a la Virgen. Fueron Lucía y Jacinta las que tuvieron que contarle el secreto en tres partes a pesar de que él estaba presente cuando ella se apareció.

iv «Han sido nueve días del cielo: de tanto fervor religioso, tantas conversiones, tan delirantes muestras de amor a Nuestra Señora; que creo que ella ha venido a Madrid a iniciar la Cruzada de purificación de costumbres cristianas, que Ella quiere de España para la conversión de Rusia».

Leopoldo Eijo y Garay, obispo de Madrid-Alcalá, sobre la visita de la imagen de la Virgen de Fátima a Madrid en 1948 para celebrar el veinticinco aniversario de su obispado.

V El régimen franquista y la Iglesia decidieron promover las misiones de la Virgen peregrina de Fátima en territorio español para que aquellas ovejas que, pensaban, se habían descarriado durante el período ateo y anticlerical de la República volvieran al redil. La Iglesia recuperaba parte del poder y los privilegios perdidos y el régimen fijaba a los comunistas como su principal enemigo y reforzaba la imposición de su ideología conservadora de carácter nacionalista y católico. Las conversiones se sucedían a su paso por pueblos y ciudades. Las apariciones se multiplicaron, como había sucedido décadas antes cuando la Iglesia se sintió amenazada por la República y el monarca, Alfonso XIII, se vio obligado a exiliarse. Se repetía el modelo, degradado, de Fátima. A veces también se tomaban elementos de otra aparición famosa, la de Lourdes, aquella que ayudó en 1858 a que el dogma de la Inmaculada Concepción fuera reconocido entre los que no lo creían a pesar de haber sido aceptado por la Iglesia cuatro años antes. Eran malas copias y siempre fallaba o faltaba algo. Resultaba sintomático, además, como cuenta William A. Christian en su artículo «Religious Apparition and the Cold War in Southern Europe» (*Zainak*, 18, 1999, pp. 65-86), que los visionarios, visionarias en la mayoría de los casos, pertenecieran a familias que durante la guerra habían participado en las filas republicanas o vivieran en poblaciones de mayoría izquierdista. Réplicas que escapaban a la autoridad de la Iglesia y el Estado, nada inofensivas, movían masas que podían descontrolarse. Se debatían entre apoyarlas o rechazarlas. Los visionarios, visionarias en la mayoría de los casos, adquirían visibilidad pública y poder sobre un grupo de personas ocupando un lugar al que de otro modo no les habría estado permitido acceder. Necesidad de fama, lo llamaban los incrédulos. Aprovechaban el impulso –casi atávico– de sacralización del espacio eligiendo localizaciones muy connotadas simbólicamente o paisajes sublimes. La Codosera, Aldeamoret, Ibdes, El Palmar, Cuevas de Vinromá, Yuncillos, Villaesteva, Garabandal... fueron algunos de estos lugares donde se dice que la Virgen apareció en las cuatro décadas que casi duró el régimen franquista.

vi Una segunda oleada de apariciones sucedió durante los años 80. Seguramente como reacción al final de una dictadura de carácter nacionalista y católico, el establecimiento de una democracia de carácter no confesional y la progresiva secularización de la sociedad española. Además en 1987 se celebró el setenta aniversario de las apariciones de Fátima, lo que produjo que en esa fecha se concentraran gran número de fenómenos aparicionistas, como había sucedido en 1954, año mariano. Fenómenos que en muchos casos se relacionaban con estrategias que favorecieran el negocio de curandería de los visionarios –por ejemplo, en el caso del Santón de Baza, a cuya consulta acudían los creyentes en masa tras hacer públicas las apariciones de las que fue testigo y

que dejó ciegos a algunos de sus seguidores ante la promesa de una nueva danza del sol– o buscaban la notoriedad mediática –como la patética participación de Trinidad Eugenio, vidente de Lepe, en un *talk-show* nocturno amarillista en el que entró en éxtasis en directo, parece que la Virgen esperó a estar en el aire para mostrarse como lo hizo cuando Jacinta se encontraba separada de Lucía y Francisco en la cuarta aparición, la que rompía la frecuencia de sus citas.

vii Relatos ocultos detrás de esas fotografías que Julia Montilla ha realizado en algunos de los lugares de las apariciones. Un archivo sin pretensiones enciclopedistas que da visibilidad a una historia olvidada, memoria de unos hechos que la Historia, con mayúscula, prefirió obviar porque se escapaban de la norma. Imágenes desnudas en las que se ha eliminado cualquier sugerencia de sobrenaturalidad como se ha exagerado en esa otra serie fotográfica en la que se ha recreado, se ha replicado, en estudio, con unos efectos especiales mínimos, el milagro del sol danzante de Fátima según el testimonio de José Maria de Almeida Garrett, catedrático de la Facultad de Ciencias de la Universidad de Coimbra, al igual que sucedía en esas películas de propaganda en plena Guerra Fría que hicieron de las apariciones un arma de doble filo.